

DE FEMINISMO

CONFERENCIA LEÍDA EL 2 DE FEBRERO DE 1917 EN EL PRIMERO DE
LOS FESTIVALES ARTÍSTICOS CELEBRADOS EN EL TEATRO ESLAVA A
BENEFICIO DE LA «PROTECCIÓN AL TRABAJO DE LA MUJER»

A la excelentísima señora
DOÑA ESPERANZA GARCÍA DE TORRES
DE LUCA DE TENA¹

S EÑORAS:
Puesto que de ustedes ha sido la idea de estos festivales, y
puesto que a ustedes se debe el buen éxito de su realización,
me dirijo, en primer lugar, a ustedes exclusivamente, para felicitar-
las por su generosa iniciativa.

Y después, con la venia de ustedes, y en su nombre, doy las gra-
cias a todos los presentes por haber aceptado la suave invitación a
hacer bien, que de ustedes han recibido.

En efecto, señoras y señores: aunque las organizadoras de estas fies-
tas hayan guardado sobre su fin un casi misterio que es, sencillamente,

1. María de la Esperanza García de Torres León y Llerena (1870-1955) era la esposa de Torcuato Luca de Tena y Álvarez Ossorio (1861-1929), fundador y director de *Blanco y Negro* (1891), del diario *ABC* (nacido como semanario en 1903, diario a partir de 1905) y de la empresa editorial Prensa Española. Formó parte de la junta directiva de la Protección al Trabajo de la Mujer, de la que en 1915 era vicesecretaria (Lejárraga y Martínez Sierra, 2022, p. 198).

una deliciosa manifestación de coquetería femenina, estamos aquí reunidos para una obra de caridad. Se trata de allegar recursos para la continuación de una obra que lleva ya algún tiempo remediando urgentes necesidades: La *Protección al Trabajo de la Mujer*.

El solo nombre de la institución habla muy alto en favor del espíritu verdaderamente moderno en que está inspirada. No es una mera asociación de corazones generosos para dar limosna; es una reunión de altos espíritus conscientes, que se propone conseguir algo más que un efímero remedio de la necesidad diaria; es una obra de mujeres modernas y clarividentes, atentas al verdadero latir de la vida y al inconfundible espíritu de los tiempos. Trátase de proporcionar trabajo a la mujer que necesita y puede hacerle, y de pagar ese trabajo en su justo valor. ¡Modesto principio de algo que, sin duda, ha de llegar a ser obra muy grande, semilla de buen pan sembrada con humilde y tenaz esperanza!... Y no hablemos más de ella, ya que sus fundadoras y mantenedoras quieren, por hoy, velarla con nieblas, transparentes a la verdad, pero lo suficientemente eficaces para conservar a esta reunión el carácter exclusivo de fiesta para los muchos que, buscando solo sana distracción, han acudido a honrarnos con su presencia.

No hablemos, pues, para no entristecer al respetable público, que hartos ha hecho ya con pagar su entrada, de los males que se pretende remediar; pero felicitémonos de que en España —donde hasta los hombres más radicales sienten leve cobardía en la acción— haya un grupo de valerosas damas que con toda naturalidad se atreven a realizar una obra cristiana, ultramoderna y feminista².

2. Concesión evidente a la entidad patrocinadora de los Festivales Artísticos en que se ofreció esta conferencia, pues, como hemos señalado en nuestra introducción, la *Protección al Trabajo de la Mujer* era una de las obras benéficas de la Unión de Damas Españolas del Sagrado Corazón, asociación conservadora y

¡No se alarmen ustedes, señoras mías! Precisamente hace tiempo que tenía yo deseo de pronunciar en público, delante de ustedes, la temerosa palabra: *feminismo*, y de darles a ustedes sobre ella unas ligerísimas explicaciones, que disipasen de una vez para siempre, a ser posible, el temor que ese vocablo-fantasma despierta en tantos corazones bien intencionados, en tantas timoratas conciencias.

Sí, señoras mías: procurando trabajo honrado y retribuido en su justo valor a mujeres necesitadas, en vez de darles un socorro como limosna; administrando su labor honradamente; librándoles de la tiranía de un intermediario explotador, hacen ustedes obra de puro feminismo, puesto que, mujeres, trabajan ustedes en favor de sus hermanas desvalidas, no rebajándolas con un socorro fácil y distante, sino uniéndose a ellas en cristiana y cordial colaboración de esfuerzo. Y de esta colaboración, ellas y ustedes han de sacar hondo provecho espiritual de comprensión, de abnegación, de tolerancia, que de otro modo hubiesen quedado para siempre atrofiadas y aun perdidas por falta de ejercicio.

Sí, señoras mías: toda obra social que la mujer emprenda, toda actividad generosa que le haga traspasar por un momento los lindes encantados de su propio hogar, acercarse a la vida, ponerse en situación de comprenderla, de darse cuenta de que hay un más allá, o un más abajo, hecho de injusticias tremendas y de dolores insospechados, lejos de hacer perder feminidad a su espíritu, la aumentará, ensanchándole el corazón a medida que aumente el conocimiento.

Por saber más no es una mujer menos mujer; por tener más conciencia y más voluntad no es una mujer menos mujer. Por haber

católica con claros fines sociales, pero que en absoluto destacaba por su espíritu «moderno» (Blasco, 2003, p. 93). Véase también la carta XX de *Cartas a las mujeres de España* (Lejárraga-Martínez Sierra, 2022, pp. 191-198).

vencido unas cuantas perezas seculares, y encontrarse capaz de trabajo y de interés en la vida, no es una mujer menos mujer. Por haber adquirido medios de defenderse y de defender a sus hijos, sin ayuda ajena, no es una mujer menos mujer. Al contrario, puesto que todo ello, ciencia, conciencia, voluntad, capacidad, cultura al cabo, o cultivo, si ustedes lo entienden mejor, no puede dar de sí más que un perfeccionamiento de sus facultades naturales, nunca un cambio de su naturaleza. Por mucho que cultive la rosa primitiva un jardinero experto, no logrará hacer de ella un clavel. Podrá, a fuerza de cultivo, añadirle pétalos, sutilizar su forma, modificar en variedades inesperadas un matiz de color; pero ella, rosa seguirá siendo, si bien rosa magnífica, asombro de hermosura nueva. En sus tiempos primeros fue humilde campesina en la zarza de un monte; hoy está en los jardines para adornarlos con su gala y pompa... pero rosa, invariablemente rosa, que la gracia adquirida no ha podido hacer el milagro de ir contra la ley de su naturaleza.

Así, por mucho que una educación superior, que una instrucción fuerte, que un aumento de libertad y responsabilidad cultiven y perfeccionen el espíritu de la mujer, ensanchando sus capacidades y dilatando el campo de sus actividades, no correrá el peligro de acercarse a ser hombre. Por el contrario, cuanto más perfecta llegue a ser, más mujer será. Cuanto más complete su vida, cuanto más cultive su cuerpo y su alma, más mujer será. No hay ser que se afirme por lo que le falta, sino por lo que posee, y decir que una mujer moderna, cultivada, sabia, libre y consciente, en la plenitud de todos sus derechos y de todas sus responsabilidades, es menos mujer que una pobre inconsciente, sin más defensa que el instinto, sin más arma que la flaqueza y sin más encanto que la ignorancia, equivale a decir que fue más hombre el salvaje de la selva primitiva

que el moderno varón cultivado por la sabiduría de los siglos. La mujer ignorante y esclava, ni aun con la muerte sale de la infancia. Aunque el amor pase a su lado un instante, aunque la maternidad pese sobre ella, aunque la plata de las canas parezca coronar su cabeza, habrá sido ídolo, habrá sido madre; ¡no habrá sido mujer!

Lo mismo que no es hombre, sino niño, el varón ignorante e incapaz que pasa por la vida sin comprenderla y sin dejar en el mundo huella de su espíritu, aunque haya vivido cien años y haya sido padre de una docena de hijos.

¡Hay que vivir, en cuanto seres humanos, vida completa, dando a todas nuestras facultades la mayor perfección y el mayor campo de actividad posibles! Y este derecho a perfeccionarse y a vivir plenamente, que hace ya mucho tiempo nadie discute a ningún hombre, es precisamente el que el feminismo reclama para la mujer.

Por lo tanto, señoras, ustedes están obligadas, porque son mujeres, a ser feministas; sí, señoras, por cristianas, por hijas de su siglo, por inteligentes...; sí, ustedes mismas, tan bonitas, tan elegantes, tan aferradas a la gloriosa tradición española de celosa piedad y honestidad severa, tan apasionadas madres, tan leales esposas...; por eso, por todo eso, precisamente por todo eso.

Pero, dirán ustedes, ¿no es el feminismo una doctrina desaforada, un sueño histérico de pobres solteronas feas, que desfogan la dolorosa ira de no haber encontrado puesto en la mesa del banquete de amor rompiendo cristales a pedradas y reclamando a gritos por las calles el derecho a votar como los hombres?

¿No son las feministas enemigas de la familia y propagandistas del amor libre?

¿No intentan acabar con toda esta gracia de coquetería, con toda esta elegancia, con toda esta suavidad de arte y refinamiento que

ha ido acumulando el paso de los siglos y las civilizaciones sobre el delicado, perfumado, aéreo, evanescente, sutil y quintaesenciado sexo femenino?

No, señoras mías; no, por cierto. Todas esas absurdas ideas sobre feminismo son mentiras bonitas que les dicen a ustedes los hombres, con un poco de mala fe, porque les conviene que sigan ustedes en santa ignorancia, haciendo su papel de muñecas graciosas e irresponsables; que tengan ustedes caprichos, para que no puedan ustedes tener voluntad; que sean ustedes inconscientes, para que la conciencia no les obligue a ustedes a pedirles a ellos cuentas un poco demasiado estrechas.

Y ustedes, buenas siempre, hasta cuando pretenden ser un poco malas; candorosas hasta lo inverosímil, aun en los momentos en que creen ustedes divertirse mucho haciéndonos sufrir con un leve alarde de perversidad, dan ustedes fe a la mentira masculina, porque viene dorada en unas cuantas dulces adulaciones, a veces hasta dicha en verso... para mayor claridad.

Hoy vamos a ver si, en un ratito de conversación, y sin ponernos demasiado serios, puesto que hemos venido a divertirnos, ponemos en claro el enigma de unas cuantas afirmaciones interesadas, y sacamos, como suele decirse, de mentira, verdad.

El feminismo quiere sencillamente que las mujeres alcancen la plenitud de su vida, es decir, que tengan los mismos derechos y los mismos deberes que los hombres, que gobiernen el mundo a medias con ellos, ya que a medias le pueblan, y que en perfecta colaboración procuren su felicidad propia y mutua y el perfeccionamiento de la especie humana. Pretende que lleven ellas y ellos una vida

serena, fundada en la mutua tolerancia que cabe entre iguales, no en la rencorosa y degradante sumisión del que es menos, opuesta a la egoísta tiranía del que cree ser más.

Vayamos por partes. *Derechos iguales*. Esto, dicho así en seco, asusta un poquillo, y hasta escandaliza... Derechos iguales... derechos iguales... La mujer virtuosa piensa en la vida un poco demasiado libre que llevan los hombres a quienes conoce, y se pregunta: «Si el feminismo triunfa, ¿tendré yo derecho a hacer esto y lo otro y lo de más allá, que suelen hacer ellos?».

No, señora mía, tranquilícese usted. No tendrá usted derecho ninguno a hacer nada malo... porque ellos no le tienen tampoco, y no hay que confundir costumbre de pecar con derecho a pecar... Cuando un hombre falta a la moral, rompe la misma ley que cuando peca una mujer, pero no ejercita ningún derecho... y, además, para estos pecados que se ha dado en llamar galantes, y que son los que más alarman a las damas honestas, siempre se necesita la complicidad de una mujer, y no ha hecho falta que el feminismo triunfe para que los pecadores audaces hayan podido encontrar pecadoras complacientes.

Puede que les sea un poco más difícil hallarlas si triunfa el feminismo, porque, como a derecho igual responsabilidad semejante, es muy posible que las leyes en cuya formación haya intervenido la voluntad femenina castiguen con tan duras sanciones la falta del hombre como la caída de la mujer... Además, gran parte de la impunidad masculina está en la ignorancia femenina, merced a la cual se sostiene como un atractivo para el amor toda leyenda de donjuanismo. Cuando, gracias a una educación superior, sepan las mujeres lo que hay en realidad detrás de esa leyenda, cuando no ignoren toda la tristeza, toda la podredumbre, toda la imponderable

abyección del amor profanado y ofendido, no se dejarán seducir tan fácilmente por el espejismo romántico de la aventura con un Don Juan. Cuando hayan estudiado un poco más, y sepan, sin perder la inocencia, porque, a Dios gracias, inocencia no es sinónimo de ignorancia, los crueles peligros a que se expone la mujer buena que se deja arrastrar por la vanidad de conquistar y aun redimir al hombre malo, habrán disminuido considerablemente las probabilidades de triunfo del seductor desaprensivo... Y eso habrá ido ganando la moralidad, créanlo ustedes.

La felicidad también habrá ido ganando bastante el día en que —otra aspiración feminista— tenga la mujer iguales derechos económicos que el hombre. Menos cazadores de herederas habrá el día en que la esposa sea dueña absoluta de su hacienda, y tenga instrucción y educación bastantes para administrarla. Si el marido no fuera administrador nato de los bienes de la mujer, no existirían muchos matrimonios de interés, que son origen de negra infelicidad. Triste es decirlo; pero la marcha un poco absurda de la civilización ha sustituido casi todos los valores por el valor del dinero. La fuerza económica es la única realmente eficaz en el momento actual del mundo, y por eso todas las demás fuerzas —talento, voluntad, hermosura, constancia, trabajo— se emplean únicamente para alcanzarla. En el argot social de América se acostumbra a decir: «Tanto vale Fulano», por decir: «Tanto tiene Fulano». Y esta frase corriente pone cínicamente al descubierto el esqueleto, la armazón positiva de la vida actual. La posibilidad de comprar es la única corona de realeza del hombre moderno. Cuando ustedes, mujeres, la posean como nosotros, serán ustedes realmente iguales a nosotros; hasta entonces, no. Porque no puede haber igualdad perfecta sin la posesión del portamonedas por partes iguales. En cuanto

ustedes, señoras mías, voten a medias con nosotros las leyes económicas, tendremos los hombres que soltar los cordones de la bolsa. Muchos besos perderá el amor conyugal cuando no sea menester ganar el precio de un sombrero con una caricia... Vean ustedes si a los hombres nos conviene —y por partida doble— hacerles creer a ustedes que el derecho a votar es un sueño vano de viejas locas.

¡El derecho a votar! ¡El derecho al sufragio! ¡He ahí el caballo de batalla! He aquí el blanco de todos los tiros, la víctima de todo el ridículo que han podido inventar y acumular la mala fe y el apasionamiento. Muchos varones magnánimos, no pocas hembras comprensivas, están dispuestos a admitir que la mujer tenga derecho a la instrucción, al ejercicio de carreras liberales, al *flirt*, al *turkey-trot*... y hasta al divorcio... pero, ¿al sufragio? ¡De ninguna manera! El derecho al voto es el más indudablemente exclusivo de los privilegios masculinos. ¡Votar y dejar en el acto de ser mujer es todo uno!

Decir sufragista en España equivale a decir furia del Averno. Ustedes ven, al escuchar el mote, una mujer desgañada, vestida a medias de hombre, desgañitándose por las calles, peleando a brazo partido con los guardias, asaltando los coches de los ministros, entrando a viva fuerza en el Parlamento y tirando tomates a los diputados... Y es cierto. Esto han hecho, por ejemplo, las sufragistas inglesas... y mucho más... han ido a la cárcel, se han negado a comer, hasta que, medio muertas de hambre, no ha habido más remedio que echarlas otra vez a la calle; han padecido malos tratos, prisión durísima, que a muchas ha dejado enfermas para toda la vida, destierro, privaciones, persecución... Y ustedes se preguntan: «¿Para qué? ¿Vale la pena, toda esa pena, toda esa abnegación, el derecho a arrojar en la urna de una mesa electoral el pedazo de papel con el nombre del candidato preferido? ¿Qué falta les hace

votar a esas mujeres? ¿Qué más les da que salga diputado Fulano que Mengano?».

Estas preguntas se las hacen ustedes con absoluta buena fe. Y no es extraño..., porque son ustedes españolas, y España es, por desgracia, un país en que el sistema parlamentario ha llegado a no ser otra cosa que una máquina de fingir que se eligen representantes del país, que una vez elegidos no han de volver a acordarse del país para nada, que pasarán el tiempo en discutir en el Congreso o en el Ayuntamiento la manera mejor de seguir siendo diputados o concejales, y seguir disponiendo de unas cuantas facilidades de vida para sí, para complacer a sus deudos y amigos y acallar a sus enemigos y acreedores. Saben ustedes que esa gran reunión que se llama *las Cortes* se abre o se cierra, no cuando hay algo urgente e importante que decidir para bien de España o para felicidad de los españoles, sino cuando un partido teme perder el poder, o cuando le conviene dejarle.

Cuando piensan ustedes en elecciones contemplan ustedes, en una lejanía turbia y no demasiado bienoliente, visiones medio trágicas, medio cómicas de caciques y muñidores, de candidatos que gastan miles de pesetas o de duros en comprar votos, de urnas que se rompen, de cabezas que se descalabran, de vino, de palos, de comilonas, de conciliábulos insidiosos y astucias de mala ley, de componendas no demasiado claras... y como fin supremo de toda esa malsana agitación, un acta... más o menos corregida... que da derecho a ir en el tren de balde y a decir cosas más o menos bonitas, más o menos aburridas, pero perfectamente inútiles, en el salón de sesiones. Saben ustedes que estos caballeros, que han peleado tanto por ser diputados, luego podrán ser gobernadores y autorizar o prohibir el juego y otros ejercicios, y luego directores generales, y

luego subsecretarios y aun ministros. Y en vista de todo esto, que a los ojos de ustedes es exclusivamente la política, dicen ustedes con muchísima razón: «¿De qué me serviría a mí votar? ¿De qué ser electora y elegible?».

Pero, señoras mías, esa máquina que a ustedes les parece tan absurda, a pesar de todas sus innegables impurezas, es el único medio bueno o malo que tiene el país para hacer sus leyes. Y de la ley y por la ley vivimos, por muy malamente que se haga y se cumpla.

Y... figúrense ustedes que tienen un hijo, el primero, hijo de amor y de ilusión, y que sueñan ustedes para él toda la gloria del mundo y toda la felicidad, por añadidura. Le quieren ustedes héroe, santo, sabio... ¿No les gustaría a ustedes que ese hijo, esperanza viva, pudiera educarse en una escuela que le enseñase a ser hombre de veras, en una universidad que formase su espíritu para nobles batallas, para gloriosos triunfos? Pues bien: esa escuela y esa universidad pueden y deben crearlas las leyes. Si las madres españolas votasen las leyes, ¿creen ustedes que estaría la enseñanza oficial en España en el lamentable estado en que hoy se encuentra?

Figúrense ustedes que tienen una hija, infinitamente querida por infinitamente semejante a ustedes, cuidada durante toda la infancia como planta preciosa en jardín de sueño, guardada durante toda la adolescencia como tesoro de valor incontable... figúrense ustedes que, engañada por el amor, se casa, y que el hombre que es su dueño es su oprobio, y su afrenta, y su tirano... ¡Y que no hay quien la pueda arrancar de sus garras; porque el villano tiene la habilidad de mantenerse en sus intolerables ofensas dentro de la ley!... y díganme ustedes: Si las madres intervinieran en la formación de las leyes, ¿no habría una para libertar del yugo infame a la hija inocente y desesperada?

Y si las madres de todo el mundo hubiesen compartido desde hace mucho tiempo, por mitad, las responsabilidades del Gobierno, ¿creen ustedes que hubiese podido llegar a realidad el espanto indecible de la guerra actual? ¿Qué presupuesto de guerra podría prosperar ante el voto en contra de la mayoría? Y es preciso que tengan ustedes en cuenta, señoras, que son ustedes la mayoría dentro de la Humanidad. Antes de empezar la guerra había solo en Europa nueve millones más de mujeres que de hombres. ¡Figúrense ustedes los que habrá después! Esta es otra de las razones por las cuales a los hombres nos conviene combatir el derecho al sufragio femenino... Porque, naturalmente, puestos a votar, estamos vencidos de antemano.

Y fuera de estos hondos problemas transcendentales, problemas de vida, de conciencia, de honra, de virtud y limpieza nacionales, ¿en cuántos otros de la existencia cotidiana no se creen ustedes con perfecto derecho a intervenir y con perfectísima aptitud? Por ejemplo: ¿Creen ustedes que si en un Ayuntamiento hubiese tantas mujeres como hombres podrían estar las calles tan sucias y tan mal empedradas? ¿Creen ustedes posible que si una mujer tuviese intervención en los mercados podría estar en alguno de Madrid, por ejemplo, el pescado en montones por el suelo, formando en el cemento repugnantes charcos, y podrían estar pasando por encima de él, y fumando sobre él, tratantes, acaparadores, vendedores al por menor, mientras hacen sus tratos y compras? ¿Podrían niños alquilados y explotados indignamente estar pidiendo limosna por las calles en estas despiadadas noches de enero? ¿Podría siquiera haberse discutido en un Ayuntamiento la posibilidad de suprimir la Gota de Leche?

Cuando piensen ustedes en estas cosas recuerden que en el mundo, además de hombres y mujeres, hay niños, y que a los niños

siempre ha de defenderlos con más calor y más clarividencia una madre que un padre.

Piensen ustedes otra cosa: la ley que hacen los hombres exclusivamente les obliga a ustedes tanto como a ellos. Si una mujer delinque va a la cárcel lo mismo que un hombre; pero el criterio femenino no ha intervenido ni en la formación de la ley que la encierra, ni siquiera en la organización de esa cárcel donde ha de purgar la pena de su culpa.

La ley —pretendiendo ser justa— quiere que, cuando un delincuente va a ser juzgado, no le juzgue solamente el derecho escrito. Por darle una esperanza más, convoca a un jurado, es decir, a un grupo de hombres que, fuera de la letra de la ley, juzguen su culpa humanamente, como iguales, poniéndose en su caso y procurando comprender y desentrañar, para mayor justicia y más resplandeciente misericordia, los «motivos» humanos que le han obligado a delinquir. Esto es justo y noble...; pero si quien delinquiró fue una mujer, ¿no les parece a ustedes presunción vana pensar que un grupo de hombres pueda comprender y justificar los «motivos» esencialmente femeninos que ella pudo tener para caer en falta e incurrir en delito? ¿Hombres y mujeres, somos unos para otros formidable enigma! ¿No piensan ustedes que, en estricta justicia, un jurado de mujeres debiera decidir la culpabilidad cuando la acusada es una mujer?

¿Y cuando se trata de delincuencia infantil? Hay un caso reciente, y bien triste, de un chiquillo juzgado criminal cuando estaba enfermo, y muerto en una cárcel cuando acaso debió salvarse en un hospital. ¿Creen ustedes que una inspección femenina, que unos ojos de madre, que unas manos de madre no hubiesen descubierto el brillo y el ardor de la fiebre en los ojos y en la frente del chiquillo homicida?

Y estos no son sueños. Hay países en que funciona ya el jurado femenino. Y los tribunales especiales para menores delincuentes han sido, dondequiera que existen, obra exclusiva de mujeres, de madres.

Observarán ustedes que al hablar de problemas feministas repito con frecuencia esta palabra: *madres*. Y acaso les sorprenda a ustedes un poco por la ya dicha razón de paralelismo que acostumbra a establecerse entre feminista y solterona. Pero es así; la obra del feminismo está casi toda realizada por esposas y madres; en los clubs americanos de mujeres, que son los más numerosos, por cada soltera hay doce casadas, y en ellos se discute muy seriamente si hay razón para dejar intervenir en el gobierno interior del club a las muchachas solteras. La presidenta del último congreso de mujeres celebrado en París fue *lady* Aberdeen, entonces virreina, es decir, esposa del virrey de Irlanda. Los periódicos feministas, las asociaciones del sufragio están en casi todas partes dirigidos por mujeres casadas. Y es natural que así suceda, porque solo la mujer casada, sobre la cual cae el insufrible peso de injusticia de la ley masculina, es la que siente esta injusticia lo bastante eficazmente para desear librarse de ella interviniendo. Porque casi toda la esclavitud del derecho forjado por los hombres cae sobre la mujer esposa. Una soltera, si es mayor de edad, dispone libremente de sus bienes propios, puede contratar, puede ejercer una profesión, dirigir un negocio industrial o comercial, viajar, cambiar de domicilio, ejecutar, en una palabra, los actos perfectamente lícitos que ejecuta cualquier hombre honrado...; ¡pero una madre no puede ni siquiera defender el pan de sus hijos contra el padre vicioso y malgastador!

Las leyes, mirándolo bien, son las mayores enemigas del matrimonio. ¡Y, sin embargo, los hombres dicen que cuando la mujer haga la ley no querrá casarse! Figúrense ustedes si ahora, llevando

todas las de perder, se despepita por encontrar novio, ¿con qué facilidad aceptará la dulce coyunda cuando haya dejado de ser cadena? Ese es un temor, y ustedes lo saben bien, infundado y absurdo. A muchas mujeres puede pesarles haberse casado; pero a ninguna le hace gracia quedarse soltera. Las feministas que no se han casado y que aún no han cumplido los cuarenta tienen tanta esperanza de matrimonio como la antifeminista más furiosa.

La mujer ha nacido para la familia, para el hogar, para la maternidad, y esto no hay quien lo niegue, ni feminista ni antifeminista. La suma felicidad de una mujer está en un hogar feliz... y de esto precisamente se trata: de que el hogar sea un reino de igual soberanía para el padre y la madre, un nido en seguridad perfecta para los hijos, una garantía de futura humanidad superior; santa, sana y sabia, para emplear la fórmula de nuestro Gracián.

Y este es el sentido de todas las modernas reivindicaciones femeninas. El matrimonio está en crisis, es cierto; pero no por falta de afición a él, sino porque cada día es más difícil casarse, por las absurdas condiciones económicas en que ha llegado a poner al mundo el arreglo financiero de una civilización manejada exclusivamente por hombres. Por eso quieren las madres honradas intervenir siquiera en la administración de los bienes comunes. A ver si ellas, que saben el precio del pan, y el pan que hace falta para que coma un hijo, consiguen ajustar el panecillo al precio necesario para que no sea una locura heroica, digna de ser cantada en epopeyas, el responder a un hombre honrado, que les hace el amor: «¡Sí, vida de mi vida, te quiero con buen fin!».

Esto del panecillo es un símbolo, naturalmente. No solo de pan vive una familia. Vive de honra, de limpieza física y moral, de luz de sol y de claridad de buena conciencia; de abundancia de agua y de

escasez de preocupaciones; de cultura firme y de arte honrado; de buena fe propia y de seguridad en la fe ajena; de amistad leal y trato agradable; de esperanzas con gloria y de recuerdos sin remordimiento... Y todo esto que tantas veces falta, y que no debiera faltar nunca, porque es don de Dios y se da al que lo busca sinceramente, quieren las mujeres que lo son de verdad procurarlo y buscarlo, poniendo más equidad en la ley, más equilibrio en la ambición, más moderación en la competencia, más conciencia, en una palabra, en la vida total.

Dicen muchos, y acaso ustedes, dejándose engañar, lo habrán repetido no pocas veces: «Pero es que todo eso puede lograrlo la mujer, sin intervenir directamente, por medio del consejo y de la insinuación». ¡No, señoras mías! Esa es una de tantas mentiras doradas con que hemos pretendido hacerles a ustedes tolerable la esclavitud. Musas... inspiradoras... ¡no las hay! El consejo solo es eficaz entre iguales. El consejo del inferior solo lo acepta el superior cuando halaga su opinión propia. El esclavo no se atreve a malgastar la benevolencia del señor en inclinarle a empresas generosas, porque sabe harto que la habrá menester para evitar los daños personales de la tiranía. Y la mujer, que no es igual por ley al hombre, es su esclava y es su inferior. ¿Qué esposa, por muy independiente de conciencia que sea, se atreve a arriesgar el probable malhumor del marido con una oposición leal, noble y fuerte aun en los casos que a su conciencia atañen? ¿Ustedes la conocen? ¡Yo no! Se atreverá, como ya he dicho a ustedes, a tener un capricho; pero nunca una voluntad. Vencerá, si puede, con astucias de niña y de amante, nunca con serenidad de ser humano, con franqueza de igual. Y el hombre cederá con gusto ante el capricho, porque el capricho es una prueba más de infantilismo y de esclavitud; pero se opondrá resueltamente a toda afirmación de soberanía compartida... Hasta

en cuestiones de conciencia, digo: ¿No van muchas mujeres creyentes, de escondite, al confesonario por no poder tener el valor de afirmar libremente su creencia ante el marido que no cree? ¿Y no van muchas, que no creen, hipócritamente a la iglesia, por el temor a que le parezca mal la afirmación de no creencia al marido, que, aun no creyendo por su parte, piensa que las mujeres deben creer?

No hay libertad donde no hay igualdad, y no hay felicidad donde el deber no ata por igual a los dos que soportan su yugo. Y este es todo el sentido y toda la aspiración del feminismo, señoras mías, aunque, fiados en que ustedes no han de saber descubrir la verdad, les digan a ustedes otra cosa. Hombres y mujeres somos hijos de Dios. Mujeres y hombres estamos de paso en el mundo para el mismo fin. La Humanidad es nuestra obra común; la tierra, nuestro huerto indivisible. De él, ustedes y nosotros, estamos obligados a sacar, en proporción igual, el pan y la doctrina para nuestros hijos. Están ustedes obligadas a ayudarnos en la tarea y a no dormirse en la molicie de una irresponsabilidad sin sentido, arrulladas por las lindas palabras de unos cuantos poemas que no quieren decir nada absolutamente.

Dios exige que implantemos su reino en la tierra, y lo exige de ustedes con tan imperioso mandato como de nosotros. Es preciso que triunfe el bien, y no triunfará si ustedes, que son más de la mitad del género humano, se contentan con resignarse a todos los males que vayan viniendo. La resignación es una virtud muy bonita y muy cómoda; pero tiene el ligero inconveniente de no servir para nada. La única manera de santificar los males presentes es convertirlos en bienes para el porvenir. Dicen que el dolor es una visitación de Dios, y yo así lo creo. Pero creo que el que no la aprovecha, convirtiéndole inmediatamente en una fuerza, ofende a Dios, haciendo inútil el regalo.

Yo conozco a una mujer española que es una de las que más denodadamente luchan en nuestra Patria contra el negro azote de la tuberculosis. Fundadora de la Federación Femenina contra la Tuberculosis³, amparadora, casi madre de niños pobres, a quienes arranca a la terrible enfermedad, estoy seguro de que ha llegado a esta austera vocación infatigable llevada por el dolor de ver muerto tuberculoso al hermano único y tan querido para quien fue madre casi desde niña. Hagan ustedes así, de sus dolores victorias, y habrán realizado la mejor labor feminista, esperando y preparando a fuerza de cultura y de caridad la hora, bien próxima, en que el correr de la vida del mundo les ponga a ustedes en la mano el arma del derecho.

Y no crean ustedes que para ser mujeres fuertes deban ustedes renunciar a ser mujeres buenas. Según un feminista ilustre, el encanto de la mujer futura estará hecho con todas las virtudes del pasado y todas las fuerzas del porvenir.

Perdónenme si les he aburrido un poco poniéndome demasiado serio. Mi pecado, del que me acuso humildemente, es digno de disculpa, puesto que es un pecado de amor y de patriotismo. Las quiero a ustedes mucho y las estimo más. Creo que las mujeres españolas son de la mejor cepa de feminidad que existe en el mundo. Sanas de cuerpo y alma, inteligentes, animosas, sufridas,

3. Se trata de Leonor Canalejas Fustegueras (Sevilla, 1869-Barcelona, 1945), fundadora de la Federación Femenina contra la Tuberculosis en 1910, de la que también fue presidenta. Profesora de la Escuela Normal de Maestras de Barcelona, intentó crear centros para promover la enseñanza de la higiene doméstica y combatir la tuberculosis. Participó en el Congreso Internacional de la Tuberculosis celebrado en San Sebastián en 1912 con una conferencia sobre «La misión de la mujer en la lucha antituberculosa». La Federación Femenina contra la Tuberculosis se disolvió a finales de 1916 por falta de recursos económicos (Hurtado, 2012 [299-348]).

leales... además de incomparablemente bonitas. Tierra virgen, cantera aún guardada en la entraña del monte, filón ignorado, tesoro escondido... Y por eso me duele verlas a ustedes un poco ignorantes y un mucho engañadas.

Pero todo tiene remedio cuando el pecado es de omisión. Y aquí el remedio está en que ustedes se den cuenta de lo mucho que valen y se decidan a emplear su valor en ayudarnos a salvar a España. Miren ustedes que la pobre está muy necesitada de salvación. ¡Que los hombres la hemos puesto imposible! ¡Tengan ustedes lástima de ella; levántenla del charco en que está caída; lávenle siquiera un poco la cara; pónganle ropa limpia y atúsenle las greñas! Piensen ustedes que si la Patria es como una madre para los hombres, para las mujeres es como un hijo⁴... Y ¿no les da a ustedes un poco de vergüenza que un hijo suyo esté en este momento haciendo tan triste papel en el mundo? ¿No se duelen ustedes de que a la hora presente, cuando Europa grita y se desangra, resolviendo el problema de su vida o su muerte, España no tenga más remedio que estarse calladita en un rincón, como chiquillo castigado?

Perdón otra vez, y ¡al asalto, paisanas, con todo valor! «¡Oh, guerrera mía!», dice Otelo a la dulce Desdémona. ¡A conquistar España, españolas! Una España nueva, digna de los hijos de tales madres. Y no se avergüencen ustedes de la pelea, nos les dé rubor proclamarse de una vez para siempre feministas. Están ustedes obligadas a serlo por ley de naturaleza. Una mujer que no fuese feminista sería un absurdo tan grande como un militar que no fuese militarista o como un rey que no fuese monárquico.

4. Véase en este mismo volumen el capítulo titulado «La Patria, madre e hijo» (pp. 138-146), donde Lejárraga-Martínez Sierra desarrollan con detalle esta idea.